

Daniel LANEROTÁBOAS (ed.), *Por surcos y calles. Movilización social e identidades en Galicia y País Vasco (1968-1980)*, Madrid, La Catarata, 2013. 255 pp. ISBN: 978-84-8319-844-5

La contribución de este libro podría enmarcarse, al menos en su primera parte, dentro de esa relativamente reciente corriente historiográfica o investigadora exitosamente afanada en demostrar las aportaciones de la población rural a la erosión de la dictadura franquista y al proceso de democratización del país. A través de un buen conocimiento de las singularidades de ese mundo, y un utillaje metodológico y teórico renovado por la influencia de la sociología de la acción colectiva y los movimientos sociales, obras como esta acaban con la marginación de los colectivos rurales de un relato dominado por actores sociales clásicos, organizados y, por lo general, vinculados a ámbitos urbanos. El trabajo contribuye además a apuntalar la idea de centralidad de los sujetos colectivos anónimos y su influencia en los procesos políticos, y refuerza la importancia de las comunidades rurales como sujetos políticos autónomos provistos de una “racionalidad específica”. En su segunda parte, más escueta, el libro descansa metodológicamente sobre las estrategias de la nueva historia cultural para desentrañar los procesos de resignificación simbólica de la ruralidad, y nuevas estrategias discursivas para la construcción de una nueva identidad inventada en el País Vasco.

El editor ha conseguido configurar un volumen que, en términos generales, no presenta graves desequilibrios en cuanto a la calidad científica de las contribuciones que lo integran. Cuestión aparte, a mi entender, es el eje que vertebra la edición colectiva de los textos resumido en el título. La elección de los marcos temáticos, geográficos y cronológicos propuestos hubiera necesitado de alguna explicación o justificación adicional. Un problema habitual cuando tratamos de publicar como libro resultados de jornadas, congresos o seminarios, pero que no desmerece un trabajo donde el lector especializado hallará un puñado de propuestas novedosas para el análisis del conflicto rural durante el tardofranquismo y la transición, herramientas teóricas y metodológicas de las que nutrirse, e ideas inspiradoras para afrontar nuevas investigaciones.

La edición se abre con un breve y sistematizado estado de la cuestión que firman al alimón Daniel Lanero (autor de “Historia dun ermo asociativo: labregos, sindicatos verticais e políticas agrarias en Galicia baixo o Franquismo”) y Antonio Miguez (autor de “La construcción de la ciudadanía a través de los movimientos sociales”). Repasan los paradigmas teóricos y metodológicos más utilizados hasta la fecha, las temáticas más abordadas y los actores mejor investigados, para terminar identificando las carencias que juzgan más importantes sobre las manifestaciones de conflictividad social en el mundo rural del tardofranquismo a la transición. La ausencia de “visiones de conjunto” sobre prácticas políticas, conflicto social y

procesos de democratización, y las intersecciones campo-ciudad, constituirían algunos de los nuevos retos.

A continuación emerge en el libro un bloque compacto y bien articulado de cuatro capítulos dedicados en exclusiva a la conflictividad rural gallega. Abre la serie el trabajo de Ana Cabana (autora de “La derrota de lo épico”) y Alba Díaz-Geada (autora de “El campo en movimiento”) con una propuesta ambiciosa y original en la que aspiran a reflexionar sobre los “mecanismos de construcción de una cultura política democrática desde el ámbito rural”, a través del análisis conjunto de la “acción colectiva, sindicalismo y resultados electorales” municipales (1979) en Galicia. El resultado, algo más limitado de lo que el título sugiere, intenta demostrar la relación directa entre la conflictividad rural pre-democrática y los resultados electorales de carácter sindical (Cámaras Agrarias) y municipal obtenidos posteriormente por las formaciones inspiradoras o próximas a aquellos movimientos sociales.

Araceli Freire (autora de “En defensa de lo suyo”) aborda el proceso de devolución por parte de las comunidades rurales gallegas de los *montes vecinales en mano común* (MVMC), una forma peculiar de propiedad que debe su supervivencia a los conflictos históricamente planteados por sus usufructuarios. Hasta la dictadura los MVMC resistieron los procesos de desposesión liberales y continuaron gestionados directamente por los vecinos y por entidades sin personalidad jurídica como las parroquias, al margen por tanto de la administración estatal. El franquismo usurpó ese tipo de propiedad, considerándola de utilidad pública y a través una agresiva política de reforestación que rompía, a favor de la industria y los municipios, los equilibrios ecológicos y de uso. El estudio repasa los tres escenarios de resistencia ensayados por los vecinos, a saber, el administrativo, el judicial y la acción violenta; y analiza con esmero los puntos esenciales de la compleja problemática judicial, política y económica que se cerró con el resarcimiento, ya en democracia, de las comunidades frente al Estado.

El trabajo de Víctor M. Santidrián (autor de “Historia do Partido Comunista de España en Galicia”) nos transporta a la conflictividad desarrollada en el campo gallego como consecuencia de la zozobra en que se instaló la agricultura familiar abandonada por el Estado franquista a la lógica capitalista y del mercado. La resistencia rural frente a la presión de la agroindustria se analiza desde una doble perspectiva: el rechazo a pagar las cuotas de la seguridad social agraria (SSA) en su vertiente *antifiscal*, y las “guerras” por los precios agrarios como conflicto productivo. La relación directa entre estas dos manifestaciones conflictivas con la postrera movilización política del mundo rural y el surgimiento del sindicalismo agrario gallego, queda puesta de manifiesto en la investigación, que deja sin embargo posibilidades abiertas para profundizar en la contribución de ambos conflictos al desgaste dictatorial y a la lucha por la democratización de las estructuras políticas, sindicales y administrativas.

El bloque dedicado a Galicia se cierra con un trabajo sobre conflictividad *socioambiental* firmado por Daniel Lanero, quien aborda las movilizaciones contra la construcción de la autopista del Atlántico y la instalación de una planta de celulosa en Pontevedra entre la década de los sesenta y los setenta. Bien pertrechado teórica y documentalmente, el autor consigue un relato claro y solvente sobre los pormenores de la construcción social de ambas protestas sin perder la cara a la multiplicidad de actores con intereses diversos que las caracterizaron. En ambos casos, el malestar creado por decisiones gubernamentales que ponían en riesgo la salud, los medios de vida o las propiedades de los vecinos, desembocó en protestas que comenzaron con la acción directa desde abajo. En el que afecta a la celulosa, la protesta, con un carácter más urbano, acabó tutelada por una poderosa vía institucional y derivó en una pugna entre élites centrales y periféricas para beneficio de la empresa. En el otro, los vecinos perjudicados por la autovía retuvieron el control sobre

sus reivindicaciones concretas frente a la multitud de aliados que encontraron, y tuvieron más éxito. No pierde el autor de vista que la estructura de oportunidades políticas que rodea a ambos contendiosos es completamente diferente y fundamental para comprender su recorrido. En este punto resulta estimulante el reto de futuro que se plantea Lanero al iniciar este trabajo, consistente en identificar y relacionar las características de la protesta en momentos y lugares de intersección entre lo urbano y lo rural, lo nuevo y lo antiguo.

Los dos últimos capítulos se dedican, como anunciaba el título, a la utilización del “ruralismo” en la construcción de una nueva identidad inventada en el País Vasco a la salida de la dictadura. El primero, elaborado por Raúl López Romo (autor de “Sangre, votos y manifestaciones”), utiliza la perspectiva cultural para proponer un interesante y bien estructurado análisis de la retórica ruralista abertzale en el marco del amplio movimiento antinuclear en torno a Lemóniz. El radicalismo político abertzale, atravesado por lo que el autor considera un proceso “absolutización”, aparece a grandes rasgos retratado en su vertiente “ecologista” como un movimiento urbano que utilizó el tradicional discurso de idealización de lo rural. Según esta vieja idea, en el campo residiría la pureza original de las comunidades, disuelta por el empuje de la modernidad evidentemente asociada a lo foráneo. En un contexto sensible a reivindicaciones postmateriales que arranca en un desarrollismo fuertemente contaminante, urbanitas abertzales miraron con interés al campo porque entendían que primero con el franquismo y luego con la democracia, se estaba produciendo un ataque mortal contra las raíces de la comunidad imaginada vasca refugiadas en lo rural. El discurso recupera el caserío como depositario de tradiciones arraigadas, se crea un “ellos” y un “nosotros” donde la naturaleza aparece como el grial de las esencias étnicas y culturales del pueblo vasco y el capitalista foráneo como su amenaza, para finalmente desembocar en la representación de la central nuclear y su entorno como el “mal absoluto” y por tanto reo “de la justicia popular” encarnada por ETA.

El trabajo de Fernando Molina (autor de “Mario Onaindia. Biografía patria”) y Antonio Miguez se mueve también eficazmente en esa perspectiva cultural para abordar la utilización del discurso ruralista en la creación de identidades nacionales. En su primera parte analiza con precisión y originalidad la evolución de la retórica ruralista franquista. El discurso público de la dictadura siempre consideró “la comunidad rural como un ente con personalidad propia” y características conformes a los ideales inspiradores del golpe de estado del treinta y seis. De esa forma, el franquismo sometió a España a un intenso proceso de “re-ruralización ideológica” con el cine como privilegiado vehículo de difusión. La segunda parte, y por lo que a la utilización de figuraciones idealizadas del mundo rural por el nacionalismo radical vasco se refiere, representa por momentos un incómodo reflejo del franquismo. Si el marxismo significó para la dictadura la desnacionalización del proletariado urbano, para ese nacionalismo vasco España, la modernización y el fascismo arruinaron su identidad. El mundo rural se convirtió por tanto en la piedra angular sobre la que, con mayor o menor sofisticación, se va a reinventar la nueva identidad vasca.

Y para terminar no queda sino reconocer el notable y sostenido esfuerzo científico que de un tiempo a esta parte viene realizando el “*Grupo de Historia Agraria e Política do Mundo Rural*” de la Universidad de Santiago de Compostela. De la calidad de sus publicaciones y su contribución a la renovación de la historia agraria, este libro es sólo una pequeña muestra.

Damián A. González Madrid
Universidad de Castilla-La Mancha